

«Más que vencedores»

Un himno inspirado e inspirador

*«Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.»
(Ro. 8:28-30)*

Lo que precede y lo que sigue en este pasaje no es una doctrina esotérica. Es algo que «sabemos», pese a que profundiza en temas doctrinales de singular trascendencia, en primer lugar la cuestión de la providencia de Dios y el Dios de la providencia. En la afirmación del versículo 28 ininidad de creyentes han hallado una mina de consuelo y aliento. Este versículo podría ser interpretado en el sentido de que todas las cosas se mueven y actúan en favor de quienes aman a Dios como si fuesen ángeles buenos que, con una personalidad bondadosa, deciden proteger a los hijos de Dios. Probablemente pocos creyentes asumirían esta elucidación. En realidad no son las «cosas» las que cooperan para el bien de los santos. Es Dios el que dispone y usa las cosas para beneficiar a los que le aman. Nos gusta la versión de la Biblia de Jerusalén cuando ofrece la siguiente traducción: «Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman». Resumimos: La providencia de Dios sólo podemos comprenderla adecuadamente si la contemplamos a la luz del Dios de la providencia.

Detalle a destacar es que son todas las cosas las sometidas a los agentes providenciales. No sólo las que alegran y estimulan, sino también las dolorosas o desalentadoras; no sólo las que entendemos, sino igualmente las que no llegamos a comprender. «¡Todas...!»

El versículo que estamos comentando concluye con una aclaración importante: los que aman a Dios y son por él asistidos son «llamados por Dios conforme a su propósito». Todo lo que concierne a nuestra salvación, desde el principio hasta el fin, está ordenado de acuerdo con un plan divino eterno. Nuestra salvación, desde el principio hasta el fin, es obra suya, fruto de su gracia.

En los versículos 29 y 30 se nos abre majestuosamente el proceso de la salvación. mediante cuatro frases difícilmente sondables, pero riquísimas en contenido teológico:

*«A los que antes conoció también los predestinó.»
«A los que predestinó, a éstos también llamó.»
«A los que llamó, a éstos también justificó.»
«A los que justificó, a éstos también glorificó.»*

En ese proceso aparecen primeramente los beneficiarios de la salvación como aquellos a los que Dios conoció. Ese «conocimiento» se remonta al pasado eterno, cuando se determinó y configuró el «propósito» de Dios. No es un simple conocimiento previo de lo que ha de acontecer como corresponde al Dios omnisciente; es una predisposición amorosa hacia seres que van a ser hechos imagen de su Hijo amado, quien a su vez es imagen de Dios. Con su pre-conocimiento Dios reconoce y acepta a quienes, por la fe, están en Cristo.

En segundo lugar: los conocidos son predestinados. Esta palabra, objeto de encendidas controversias, no debería nunca ser estudiada aisladamente. En el Nuevo Testamento, por lo general, aparece seguida de la preposición «a» o «para». La soberanía de Dios siempre aparece en relación con él mismo, con su Hijo Jesucristo o con una finalidad determinada. En el texto de Ro. 8:29 leemos: «A los que antes conoció los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que él fuese el primogénito entre muchos hermanos». La Biblia de

Jerusalén presenta una versión igualmente iluminadora: «...los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo». Difícilmente podríamos imaginar un destino más digno: ser hechos hermanos del unigénito Hijo de Dios.

Seguidamente vemos que los predestinados son llamados. Se trata del llamamiento a la fe y al servicio; otra faceta del honor que en Cristo nos es otorgado.

El cuarto eslabón de la cadena es la justificación, tema amplia y profundamente tratado por Pablo en esta epístola a los Romanos y en otros escritos del Nuevo Testamento. Partiendo de la pecaminosidad del ser humano y de su incapacidad para salvarse por propios méritos; nadie puede justificarse delante de Dios. Pero lo que nadie puede lograr por propio esfuerzo moral, Dios lo realiza en virtud de la obra expiatoria de Cristo (Ro. 3:21-28; Ro. 5:1), por la fe (Ef. 2:8-10). La conclusión es que, por la fe, el hombre anteriormente injusto es declarado justo, recubierto de la justicia de Cristo.

Finalmente, «a los que justificó, a éstos también glorificó». El proceso de la salvación llega a su fin. El propósito de Dios, que tuvo su origen antes de la creación, ha ido cumpliéndose en el transcurrir del tiempo para llegar a su fin. Se extiende de eternidad a eternidad.

Puede llamar la atención el hecho de que en el texto bíblico la afirmación («a éstos también glorificó») aparece en futuro, mientras que las anteriores están en aoristo (pretérito). Quizá Pablo está usando el «pasado profético» hebreo, mediante el cual se presenta como cumplido algo que se hará real en el futuro. «Desde el punto de vista histórico, el pueblo de Dios no ha sido aún glorificado; pero en la perspectiva del decreto divino su gloria ha sido determinada desde la eternidad» (F. F. Bruce).

Por otro lado, se puede notar que en la cadena de afirmaciones parece observarse una omisión importante: entre la justificación y la glorificación no se menciona la santificación, esencial en el propósito divino. No obstante, la omisión quizás es más aparente que real. En su segunda carta a los Corintios, Pablo indica que, «mirando a cara descubierta la gloria del Señor, vamos siendo transformados de gloria en gloria a la misma imagen...» (2 Co. 3:18). Una declaración semejante hace el apóstol en su carta a los Colosenses (Col. 3:10).

Resumiendo la enseñanza bíblica podemos decir que, en un sentido limitado, la glorificación del creyente ha comenzado ya, aunque todavía ensombrecida por muchas imperfecciones. Pero la plenitud de la glorificación sólo se manifestará en el día de Jesucristo, cuando seremos hechos partícipes de su gloria. Ya hemos leído Ro. 8:17. Y en Col. 3:4: «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, también vosotros seréis manifestados juntamente con él en gloria», la gloria de su exaltación por el Padre (Fil. 2:9-11), la gloria de su poder de resurrección por el cual los santos en Cristo disfrutarán de «cuerpos celestiales», espirituales, capacitados para vivir santamente. La manifestación de Cristo en su segunda venida producirá una gran transformación en el cuerpo de los redimidos: en vez de corrupción, incorrupción; en vez de mortalidad, inmortalidad; en vez de herencia adamita, transformación a semejanza perfecta del nuevo Adán, Cristo (1 Co. 15:45-57). Entonces el dolor y las lágrimas serán sustituidos por una nueva experiencia en el tabernáculo de Dios: la antigua creación dará lugar a «cielos nuevos y tierra nueva». Entonces «ya no habrá muerte, ni más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron» (Ap. 21:4). La historia de la salvación, alcanzado su eslabón final, marcará el principio de una etapa nueva en el marco de una nueva eternidad.

Climax del cántico

«¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito:

Por causa de ti somos muertos todo el tiempo;

Somos contados como ovejas de matadero.

Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.»

(Ro. 8:31-39)

Con esta conclusión alcanza su punto culminante el capítulo 8 de Romanos. La Biblia de Jerusalén la encabeza con el título: «Himno al amor de Dios». De hecho es una serie de deducciones resumidas de lo que Pablo ha expuesto a partir del v. 28. La pregunta «¿Qué, pues, diremos a esto?» «Esto», lógicamente, nos reconduce a la cadena de la salvación en la que de modo impresionante sobresale el Dios eterno y todopoderoso efectuando la salvación de sus redimidos en sus diversas fases, desde la eternidad hasta la eternidad. «¿Qué, pues, diremos a esto?» ¿que el paso del cristiano a través del mundo es una marcha plácida, una experiencia constante de bendiciones y goces? El apóstol, como hemos visto, ha dejado claro que, si somos herederos de Dios y coherederos con Cristo, «padeceremos juntamente con él para que juntamente con él seamos glorificados» (Ro. 8:17); Se ha referido a la gloria venidera como inseparable de las aflicciones del tiempo presente (Ro. 8:18) y ha manifestado que, en una creación que gime, «también nosotros gemimos» (Ro. 8:22-23).

Los sufrimientos del cristiano tienen como causa su propia debilidad, sus dudas, su propensión a ceder a las inclinaciones de su vieja naturaleza. También tiene como adversario a la sociedad en que vive, por lo general indiferente u hostil a la fe cristiana; en algunos casos la oposición del mundo a la causa cristiana se traduce en una acción violenta, con lo que muchos santos se han convertido en mártires. Y no podemos olvidar al archienemigo de Cristo y de su Iglesia: el diablo, unido a los «principados y potestades, los dominadores de este mundo de tinieblas, huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Ef. 6:12), o sea, las fuerzas del mal en el universo.

Ante adversarios tan poderosos, ¿qué puede hacer el creyente en Jesucristo? El cántico nos da la respuesta: «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Ro. 8:31). Dios, desde la eternidad, se ha puesto al lado y a favor de una humanidad necesitada de redención. Ello a pesar de que se trataba de un pueblo de pecadores. Su «estar por nosotros» le costó la entrega de su Hijo unigénito para que efectuara la expiación del pecado en la cruz, con todo lo que de sufrimiento entrañaría aquella entrega. Casi parece increíble, pero así es. «El que no escatimó ni a su propio Hijo, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (v. 32). La respuesta, positiva, es de pura lógica.

Lo son también las correspondientes a las tres preguntas siguientes:

¿Quién acusará a los escogidos de Dios si es Dios mismo el que justifica? (v. 33). Este reto nos recuerda el del Siervo del Señor en Isaías 50:8: «Cerca está de mí el que me salva; ¿quién contendrá conmigo? Quién es el adversario de mi causa? Acérquese a mí». El único que podría aceptar el desafío es el diablo —el gran acusador—; pero todo intento suyo de triunfar como acusador está condenado al fracaso. Así se puso de manifiesto en la ilustración de Zacarías

relativa al sumo sacerdote Josué (Zc. 3). Como sustituto de los seres humanos, Cristo pagó la deuda de éstos mediante su muerte propiciatoria; pero su resurrección es el principio de su exaltación, en virtud de la cual queda asegurada la salvación de sus redimidos.

¿Quién es el que condenará, si Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros? (v. 34). Cristo, como Mediador entre Dios y los hombres, movido por su amor infinito, pagó con su muerte nuestra deuda y, con su resurrección, atestiguó la validez de su obra redentora ante Dios Padre, Juez perfecto y soberano.

¿Quién nos separará del amor de Cristo? (v. 35). Ninguna adversidad, ningún sufrimiento, ninguna humillación, ni la muerte misma podrán causar tal separación. Por el contrario, «en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (v. 37).

El luchador cristiano sería «vencedor» si resistiera imbatido los ataques del enemigo; pero es más; en medio de todas las vicisitudes y padecimientos encuentra la gracia de Dios para convertir los padecimientos pasivos en acción, los agujones en armas espirituales. El propio apóstol Pablo vivió esa experiencia encarcelado en Filipos durante su segundo viaje misionero, y también en Troas cuando sufría atormentado por la ansiedad al pensar en los posibles problemas de la naciente iglesia de Corinto. Temía que Satanás tuviese alguna ventaja en aquella situación, pero pronto sus dudas y temores se desvanecieron de modo que pudo escribir: «A Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento» (2 Co. 2:14).

Desde la predestinación eterna hasta la glorificación, todo es un entrelazamiento de circunstancias y acontecimientos controlados o impulsados por Dios en la realización de su propósito eterno. «En toda la incertidumbre que caracteriza esta vida terrenal, hay algo que es absolutamente firme y seguro, a saber, la elección por parte de Dios y el amor de Cristo. Ambas cosas son igualmente eternas e inalterables» (Anders Nygren). Esta certeza es la que ha animado a los mártires de todos los tiempos, la que inspiró a los hugonotes franceses para cantar su famoso himno «Plus que vainqueurs...» («Más que vencedores»). Aún hoy es cantado por muchos protestantes en diversos países de Europa. Con su versión en español concluimos nuestro cántico:

*¡Más que vencer!» Tal es nuestra divisa,
nuestra bandera en la persecución.
Para la fe no hay batalla indecisa.
Para el cristiano no hay condenación.*

*¡Ánimo, amigos! Poder invisible
Nos comunica Jesús por su cruz.
El Rey de reyes es Jefe invencible:
¡Más que vencer...! ¡Por la muerte a la luz!*

José M. Martínez

José M. Martínez, reconocido líder evangélico español, ha servido al Señor durante treinta años como pastor de una gran iglesia en Barcelona (España). Ha desarrollado también una amplia actividad como profesor y escritor de materias bíblico-teológicas. En la actualidad, es presidente emérito de varias entidades evangélicas y prosigue activamente su labor literaria, altamente valorada, tanto en España como en Hispanoamérica. También a través de Internet está ampliando su ministerio con la web titulada «Pensamiento Cristiano».

Pensamiento Cristiano es una web de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Copyright © 2009, José M. Martínez

Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los Temas del mes, citando siempre el nombre del autor y la procedencia (<http://www.pensamientocristiano.com>)